

Para terminar la reseña de las operaciones militares en la segunda mitad del año 1810, réstanos decir algo de lo que se hacía allí donde ó no maniobraban ejércitos disciplinados, ó trabajaban con ellos ó á su sombra otras fuerzas, si bien algo organizadas, siempre menos sujetas á disciplina. Calcúlase que pasaban de doscientos los caudillos que en el ámbito de España por este tiempo capitaneaban esos grupos mas ó menos numerosos de gente armada y resuelta llamados guerrillas. La Regencia del reino solía encomendar ya á generales del ejército el encargo de reunir y mandar á los que andaban por un mismo distrito ó por comarcas limítrofes, y de sujetarlos, organizarlos y hacerlos mas útiles, ó bien lo confiaba al que sobresalía entre los guerrilleros, por su fama y su conducta, y le concederaba con grados militares. Llevaba también el objeto de evitar las tropelías y desmanes que cometían en los pueblos las pequeñas partidas, y mas si las acaudillaban hombres groseros y de índole aviesa, que se hacían tanto ó mas temibles á los pacíficos moradores de las poblaciones rurales que los enemigos mismos, y solo podía domárselas incorporándolas á columnas mas regladas y respetables, guiadas por jefes de otros instintos y de mas elevadas condiciones. Entre unos y otros molestaban tan porfiadamente á los franceses, que para mantener estos sus comunicaciones entre sí tenían necesidad de establecer de trecho en trecho puestos fortificados, y aun así costábales no poco darse la mano, porque no podían moverse con seguridad fuera de aquellos recintos. Aun los que ocupaban de las tapias que la rodean, porque hasta la misma Casa de Campo, mansion de recreo del rey José, que está casi á sus puertas, penetraban audazmente algunas partidas, como sucedía con la del insigne Empecinado.

Maniobraba comunmente este guerrillero en la provincia de Guadalajara, como ya dijimos atras, si bien se corría muchas veces á las de Soria y Burgos. Pero engrosada cada dia su columna hasta llegar á reunir mas de 2,000 hombres entre infantes y jinetes, húboselas en muchas ocasiones con la brigada francesa del general Hugo, en Mirabueno, en Cifuentes, en Brihuega, donde quiera que se ofrecía combatir, enflaqueciéndole al extremo que en el mes de diciembre, á pesar de haber llegado de Madrid refuerzos al general francés, intentó atraer con halagos á don Juan Martín, ofreciéndole mercedes y ventajas para él y sus soldados si se pasaba al servicio del rey José. Respondióle el Empecinado como á un bizarro y buen español cumplía; y ofendido de tal firmeza el francés, acometióle resueltamente á los dos dias (9 de diciembre) en Cogolludo, hízole bastantes prisioneros, y le obligó á retirarse á Atienza: mas no se desalentó don Juan Martín; al poco tiempo embistió á los franceses en Jadraque, y rescató varios de aquellos. A veces destacaba parte de su gente á las sierras de Guadarrama, en combinacion y ayuda de otros guerrilleros que por allí bullían, siendo entre estos notables, don Camilo Gomez en Avila, y don Juan Abril en Segovia.

Continuaban con la misma actividad las partidas en el resto de Castilla la Vieja, en todas sus provincias y en casi todas sus comarcas. Señalábanse por la parte de Toro don Lorenzo Aguilar, por la de Palencia don Juan Tapia, en Burgos el cura Merino, en la Rioja don Bartolomé Amor, en Soria don José Joaquín Durán, en Valladolid don Tomás Príncipe, y ya hemos mencionado antes los que peleaban por la parte de Leon, Salamanca, y Ciudad-Rodrigo. No podía sufrir ser molestado con este género de guerra el general Kellermann que tenía á su cargo el distrito de Valladolid, y conducíase, no ya severa, sino cruel é inhumanamente con los partidarios (1); lo cual hace extrañar menos que estos á su vez fuesen inhumanos y crueles cuando hallaban ocasion de tomar represalias. Alternaban las ventajas y los reveses, los triunfos y las derrotas,

(1) Cuéntanse, entre otros hechos y casos, el fusilamiento de veinte prisioneros españoles de las partidas de Durán hecho por el general Rogner, despues de haberles hecho creer que les concedía la vida; y sobre todo el del hijo de un latonero de Valladolid, niño de doce años, á quien Kellermann hizo atormentar aplicándole fuego lento á las plantas de los pies y á las palmas de las manos, para obligarle á declarar de quién recibía la pólvora que llevaba á las partidas: tormento que el muchacho sufrió con una firmeza que asombró á sus feroces verdugos.

como era natural; pues si los enemigos contaban con la preponderancia del número, de la táctica y de la disciplina, los nuestros tenían en su favor la proteccion del país, el hacer la guerra desde su propia casa, y el pelear con el ardor de quien defiende su patria y sus hogares. A veces esta confianza les hacía incurrir en temeridades que pagaban caras, como les sucedió en 11 de diciembre á las partidas reunidas de Tapia, Merino y Durán, á las cuales causó gran descalabro en Torralba el general Duvernet, bien que tuviese mucha culpa de ello el haber vuelto grupas la caballería de Merino.

Trabajaba con inteligencia y arrojo en la provincia de Toledo el médico de Villaluenga don Juan Palarea, descubriendo y acreditando ya aquellas dotes de guerrero que le habian de conducir á ocupar un puesto honroso entre los generales españoles. Recorria las orillas del Tajo otro médico, que también habia de llegar á ceñir la faja de general, don José Martínez de San Martín, el cual sucedió en agosto á don Luis de Bassecourt en el mando de las partidas, cuando este por disposicion del gobierno supremo de Cádiz pasó de la comandancia general de Cuenca á la capitania general de Valencia en reemplazo de don José Caro. Proseguía haciendo sus correrías por la Mancha el ya antes nombrado Francisquete. Aparecieron también en aquellas llanuras y ganaron fama de osados otros guerrilleros, entre ellos don Francisco Abad, conocido con el apodo de Chaleco, y don Manuel Pastrana, que con el sobrenombre de Chambergo era designado y conocido entre los naturales del país; costumbre muy comun en nuestra España la de apellidar así á los que salen de las modestas y humildes clases del pueblo. Así entre los partidarios que segun dijimos ya, se levantaron en Andalucía, habia uno de mote el Mantequero, por cierto no menos arrojado, como que un dia se atrevió á meterse en el barrio de Triana, dando un susto á las tropas francesas que guarnecían á Sevilla.

Lo mismo que en las provincias del interior sucedía en toda la faja de la costa Cantábrica. De las expediciones terrestres y marítimas de Porlier por Galicia, Asturias y Santander hemos tenido ocasion de hablar en este mismo capítulo. Por entre Asturias, Santander y Vizcaya se movía el partidario Campillo, hombre de los que honraban con su comportamiento aquella manera de pelear. Hacia lo mismo en Vizcaya don Juan de Aróstegui; y en Guipúzcoa don Gaspar de Jáuregui, llamado el Pastor, del ejercicio á que acababa de estar dedicado; y en Alava ganaba crédito en este género de guerra don Francisco Longa, natural de la puebla de Arganzon. Pero mas que todos los nombrados sobresalía en Navarra don Francisco Espoz y Mina, que descubriendo desde luego dotes especiales para el caso, superiores á las de su mismo sobrino Mina el Mozo, allegó pronto tanta gente, y desplegó para acosar á los franceses tanto arrojo y tan buena maña, que picado ya del amor propio el general Reille que mandaba en aquella provincia, y haciendo cuestion de honra destruir tan hábil, molesto y temible enemigo, reunió en setiembre hasta 30,000 hombres para perseguirle sin descanso. Mina entonces diseminó su gente, enviando parte á Aragon y parte á Castilla, quedándose solo con otra parte de ella, para moverse con mas desembarazo y burlar con mas facilidad al enemigo. La Regencia le envió el nombramiento de coronel, y se hizo de él un pomposo elogio en la Gaceta.

Herido en una de sus excursiones á Aragon, volvió á curarse á Navarra. Tanta era la confianza y la seguridad que le inspiraban sus paisanos. Restablecido de su herida, comenzó nuevas empresas (octubre). Dividió su gente en tres batallones y un escuadro, que componían un total de 3,000 hombres. Corrió de nuevo las provincias de Aragon y de Castilla, y en diciembre regresó otra vez á Navarra; combatió á los franceses en Tiebas, en Monreal y en Aibar, causándoles siempre gran quebranto, y su reputacion de guerrero iba adquiriendo grandes proporciones (2).

(2) «Francisco Espoz y Mina, dice un escritor español, era natural del pequeño pueblo de Idocin, situado en el valle de Ibargoiti, á tres leguas y media de Pamplona en el camino de Sigüenza. Sus padres, honrados labradores... habíale dedicado á la labranza; y probablemente no habria soltado la esteva sin la incúva invasion de los franceses. Tenía entonces 27 años. Mozo de hidalgos sentimientos, alma ardorosa y corazón

Hecha esta reseña de las operaciones militares, y bosquejado el cuadro de la guerra en todas las provincias desde junio á fines de diciembre de 1810, veamos el estado en que se encontraban las desavenencias del rey José y el emperador su hermano, con que terminamos también el último capítulo, valiéndonos para ello del diario escrito por el conde de Méliito, que constantemente estaba al lado del rey José.

Sintiéndose este altamente ofendido y rebajado con la ereccion de los nuevos gobiernos militares de España hecha por Napoleon, con la emancipacion en que habia colocado á los gobernadores, y con la desaprobacion de todas sus medidas administrativas tomadas en Sevilla, no satisfecho con haber enviado al ministro Azanza á Paris con objeto de que convenciera al emperador de la injusticia con que le trataba, y del desprestigio y menosprecio en que hacia caer su autoridad para con los españoles, despachó en agosto al marqués de Almenara con carta para su hermano. La situacion de José era desesperada, y no lo ocultaba á nadie (1). En setiembre interceptaron los españoles un correo enviado por Azanza desde Paris con despachos para el rey José, en que contaba la conferencia que habia tenido con el ministro duque de Cadore (Champagny); en la cual le habia declarado este que habian sido enviados ya á España 400,000 hombres y 800 millones, y que en lo sucesivo no le asistiría el emperador sino con 2 millones mensuales; que aquel se quejaba de los dispendios y liberalidades de la corte de Madrid, y del armamento de los españoles; que no habia podido arrancarle la menor satisfaccion por las vejaciones de sus generales; en una palabra, que su mision habia fracasado completamente. Con haberse publicado este despacho en la Gaceta de Cádiz, y con haberse sabido al propio tiempo que el tribunal criminal establecido en Valladolid habia prestado juramento de fidelidad al emperador, no al rey, asistiendo á aquella ceremonia el mismo general Kellermann, apuróse el sufrimiento de José, pareció decidido á abdicar, y en este sentido escribió á la reina (2).

En octubre recibió despachos del marqués de Almenara, anunciándole el mal resultado de su entrevista con el ministro imperial; que habiendo manifestado á este la resolucion del rey José de no consentir en ninguna desmembracion del territorio español, ni menos en la cesion de las provincias del Ebro, aun con la compensacion de Portugal, ni con otra mas ventajosa, Napoleon habia hecho romper todas las negociaciones. Un incidente que ocurrió en noviembre hizo casi imposible reanudarlas, porque una carta de Urquijo al marqués de Almenara escrita en lenguaje hasta destemplado, tanto que el

intrépido, corrió á las armas como toda la briosa juventud de aquella edad, y acompañó á su sobrino asistiéndole con su consejo tanto ó mas que con su brazo. Sirviéronle de provechosa leccion estos principios, pues conoció que sin cierta disciplina era imposible alcanzar grandes resultados en la guerra y tener el apoyo de los pueblos. Así su primer acto, apenas tomó la investidura de jefe de guerrilla, fué prender en Estella y fusilar con tres de sus cómplices al cabecilla Echevarría, uno de los que, con la falsa máscara de patriotas, aprovechaban las circunstancias para cometer saqueos y venganzas personales. En este hecho, si se considera la época en que fué ejecutado, en el primer período de la formacion de su partida, cuando todos por lo comun toleraban excesos, se halla ya el temple y la nobleza de su alma.»

(1) «Nunca ha sido mas terrible su posicion, decía el conde de Méliito en sus notas del 15 de agosto. Faltan todos los recursos, la guerra interior toma cada dia un carácter mas imponente y mas apasionado. Un correo no puede cruzar sin una escolta de trescientos hombres. Las provincias del todo ocupadas militarmente están aun mas infestadas de guerrillas que las otras.»

Segun los apuntes del 2 de setiembre, aquel dia fué nombrado Angulo ministro de Hacienda del rey José, en lugar del conde de Cabarrús, que habia muerto en Sevilla.

(2) «Le roi, decía el conde de Méliito en sus apuntes diarios, parait décidé á quitter; il a écrit dans ce sens et de la manière la plus précise á la reine, et nous touchons au moment qui va décider de son sort.»

duque de Cadore la devolvió como un libelo que no podía guardarse entre los papeles de un ministro, y cuya devolucion se cree fuera dictada por el emperador, quitó toda esperanza de solucion favorable. En su virtud despachó el rey José á un sobrino suyo con cartas para la reina, en que le manifestaba su intencion de retirarse á Mortefontaine en caso de no obtener satisfaccion del emperador su hermano.

Vinieron entonces los sucesos de Portugal, la expedicion de Massena y su situacion apurada y comprometida, cuyas consecuencias anunciaban una nueva crisis para España, y confirmaban la idea en que estaban ya muchos de que la guerra española habia puesto un término á las prosperidades de Napoleon, y era el escollo contra el cual amenazaba estrellarse su gloria y su fortuna. En este estado recibió el rey José cartas de Azanza y de Almenara, en que separada y sucesivamente le participaban haber tenido largas conferencias con el emperador, cuyo resultado habia sido darle orden de que partiesen inmediatamente para España. Efectivamente, con la diferencia de cuatro dias llegaron á Madrid, Azanza el 5, Almenara el 9 de diciembre. El 10 tuvo el rey consejo de ministros para tratar del resultado de la mision de Almenara, que era quien últimamente habia conferenciado con Napoleon. Reducíase á que en sus entrevistas, despues de inútiles demandas, y á veces de recriminaciones mas ó menos fuertes de una y otra parte, no habia logrado obtener esperanza alguna, ni de socorros en dinero, ni de cambio en el sistema de los gobiernos militares, ni de satisfaccion á las justas quejas del rey sobre la conducta de los generales franceses: que lo único que en la última conferencia habia acordado Napoleon era dejar á su hermano en libertad de intentar un arreglo con las córtés españolas ya reunidas en la isla de Leon. Hé aquí los términos en que podría procurarse este arreglo.

El rey, decía, puede proponer á estas córtés que le reconozcan por rey de España conforme á la constitucion de Bayona, y en cambio S. M. las reconocerá como la representacion verdadera de la nacion. En virtud de este concierto Cádiz entraría en la obediencia del rey, y la integridad del territorio español seria mantenida. Napoleon declaraba que esta proposicion era oficial, y escribía sobre ella á su embajador en Madrid: pero añadía que si no se llevaba á cabo se consideraba libre de todo compromiso con la nacion española; que José podría por su parte convocar otras córtés, y arreglar con ellas los intereses de sus Estados, pero entendiéndose que no habia de convocar á ellas los diputados de las provincias de allende el Ebro, porque no consentiría que concurriesen.

A pesar de la poca ó ninguna probabilidad de que semejante transaccion pudiera realizarse, los ministros del rey José la habrian intentado, siquiera por declinar toda responsabilidad si de no procurarlo habia de venirse mas adelante á alguna desmembracion de territorio. Pero era menester asegurarse del concurso y de la garantía de la Francia para este arreglo, pues habia el convencimiento de que sin su ayuda y sin su aprobacion oficial no era posible concertar nada estable. No se hizo esperar el desengaño; puesto que habiendo hablado el ministro Urquijo con el embajador de Francia, este declaró que si bien habia recibido autorizacion del emperador para *hablar* de este negocio, tenia orden formal de *no escribir* nada sobre él. Semejante respuesta cambiaba enteramente el estado de la cuestion, y por unanimidad se convino en que era inútil ya deliberar sobre tal objeto. Mas y mas disgustado el rey José con los nuevos obstáculos que cada dia se le presentaban, volvió á manifestar deseos de alejarse de un país en que no experimentaba sino amarguras y sinsabores.

Tal era la situacion de las cosas, bajo los puntos de vista en que las hemos examinado, al espirar el año 1810.